

En cuanto Rafael se vió solo, riñóse por su flojedad. ¿Quién sabía si por sus pueriles temores habría dejado escapar la dicha? Á la colegial, pegó sus ojos en la diminuta cerradura, y temblando al mismo tiempo por hondas ansias de deseo y por cobardías de fanático, en lugar de atreverse á abrir la mampara y adueñarse de aquella mujer, quizá desnuda ya, quizá aguardándolo, osó rezar una oración sensual é impura:

—¡Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas para esperar y para que sor Noeline sea mía!.....

## V

Después de un agitado sueño, sor Noeline despertó muy de mañana, cuando en las rendijas de la puerta al corredor apenas se dibujaban rayas de luz pálida. Y lo que siempre ocurre al despertar, que un entorpecimiento cerebral nos vele la realidad de los últimos sucesos y nos haga suponernos como antes, ocurrióle también á la monja. Pero en cuanto reconquistó el sentido de lo real, que fué pronto, vió las cosas cual debía verlas; el Convento entre brumas, fuera de su alcance, y ella, en rara situación, acostada á dos pasos de un hombre que no era nada suyo, que la escondía celosa y

prudentemente, que le juraba mil promesas, que le ofrecía una existencia deliciosa, en compensación quizá de la que le había arrebatado sin ella consentirlo. Aquel hombre, por el lugar inmenso que súbitamente venía á ocupar en su propia vida, por el modo sumiso y cariñoso con que la trataba, bien presentía sor Noeline que ya no había de olvidarlo, que por artes incomprensibles le pertenecía, á quien amaba, según el competente diagnóstico de fray Paulino; ella, una religiosa, lo amaba con terrenal y prohibido amor. Esta palabra "amor," que sor Noeline se repetía en la imaginación, no la asustaba ya, encontrábale dulces resonancias de orquesta lejana, y, á la vez que la estremecía con vibraciones extrañas que le recorrían su cuerpo todo poniéndola grave frente al fenómeno misterioso, prometíale ignorados premios extrahumanos é intensísimos. Aguijoneábala, además, una muy femenina curiosidad, que nunca se le había manifestado, por conocer ese mismo amor de que en el monasterio maldecían y que llegaba á ella

sin que lo solicitara, escalando las altas tapias del huerto, venciendo las vestiduras místicas, burlando la vigilancia monástica tan excesiva y perfecta, substrayéndose á la eficacia de las oraciones inventadas y rezadas en su contra, para instalarse por final en un corazón ignorante y puro, como el de sor Noeline, y en él instalado, borrar remordimientos y convertirse en huésped grato que con su solo hospedaje nos colma de mercedes. Lógicamente, sor Noeline demarcaba responsabilidades y culpas; no era culpable sino de no arrepentirse lo bastante por su fuga del claustro; pero culpable de amar ¿por qué?..... Para purificar ese fondo culpable, contaba en secreto con la misericordia divina, que de tanto oírla y de necesitarla tanto, de veras la creemos flotando con paciencia infinita á nuestro alrededor y á nuestra disposición, siempre que n.ºs sabemos criminales y en pecado.

De tal suerte, que el remedio hallado la víspera por Rafael, aquella espera de diez meses y medio sacrificándose ambos, ella

y él, sin provocar castigos mayores ni aumentar la calidad del desliz consumado, también tranquilizaba á sor Noeline, también le permitía abandonarse al naciente y poderoso cariño que nutría por Rafael. Alejado el peligro, confesábase por vez primera que en efecto lo amaba; y esta confesión, en lugar de acongojarla, hízola sentirse demasiado bien quizá, con ráfagas muy internas y muy agradables de júbilo que se traducía en frío nervioso, en contracciones en la garganta que originaban un sonido gutural y sofocado, y que tanto podía ser principio de llanto como final de risa; con calor en las mejillas, palpitaciones en el corazón y ganas de no moverse, de permanecer quietecita en algún sitio,— como cuando sabemos que en broma van á asustarnos en una obscura estancia y retardamos el momento de nuestra entrada á ella, por prolongarnos ese estado en que ni nuestro mismo ánimo sabría á las claras si sufre ó goza. Esperar, esperar diez meses; he ahí lo único que debían hacer, y después... ¿después?.... La mujer que

se hallaba dentro de la monja, adivinó para después la solución del gran problema, con dolores y placeres, sin determinar qué abundaría más en la nebulosa aquella á la que se dirigía ciegamente, de la mano de un hombre desconocido.

Aunque era bastante temprano todavía, principiaron á barrer el patio, alternando el estridente rasguñar de la escoba con las toses de la barrendera. Luego, se oyó abrir y cerrar de puertas en las demás viviendas, de las que sin duda saldrían las criadas á la compra, escuchábase cómo interrumpían su trote menudo, para saludar á la portera; percibíanse las voces, no las palabras, y en seguida se distinguía claramente el alejamiento, volvía la escoba á rasguñar el piso de losas del patio. Sor Noeline, se incorporó, mas fué tan brusco el movimiento al sentarse en el borde de la cama que, á pesar de la escasa claridad de la alcoba, vió reflejada una de sus piernas desnudas en la luna del ropero. Cubriósela en el acto, cerrando los ojos cual si se le apareciese el Malo; cubriósela con las ropas mismas de

la cama, y precaviéndose del espejo como de un rufián que la atisbara á mansalva, dió comienzo al lavado del rostro y manos, — el sólo permitido en el Convento. Ya lavada, cogió las tocas con objeto de colocárselas en la cabeza sin consultar espejos, — que el Claustro no los consiente, — y de pronto, dejólas caer, quedándose con los brazos inertes, como si no pudiese soportar su peso. Sin abrir las maderas, semi oculta en el rincón más sombrío, trocó sus hábitos por la bata de Adela, la que si no le quedó á la medida, tampoco la afeaba ni molestaba; ligeramente estrecha del seno, un poquito holgada de talle y más bien zancona que larga; pero no le estaba mal, ni con mucho, podía conservarla y hasta creerse que para ella fué cortada hacía algún tiempo. Por unos instantes, no extrañó el nuevo traje, al contrario; caminó unos pasos con cierta desenvoltura y sonriendo inconscientemente de la cara que pondría Rafael al verla. Sin percatarse de ello, ya lo asociaba á su vida!

Dios sabe cómo, al volverse á mirar las

ondulaciones ruidosas de la almidonada cola de la bata, miró también, sobre la alfombra, el informe montón de sus hábitos miserables, que yacían trágicamente, extendidas las mangas, vueltos hacia fuera los zurcidos forros de la falda; á modo de persona muerta por repentino ataque que no le permite ni caer con alguna compostura; á modo de edificio ruinoso, que se viene abajo sin esperanza de levantarse..... y comprendió que esos trapos equivalían á su historia ignorada de monja virtuosa; que consigo se llevarían purezas y ensueños castos, sus anhelos de virgen; que equivalían á todo su pasado modesto de mujer olvidada de serlo, para no ocuparse sino en asear y levantar el espíritu, más alto, más alto, hasta las regiones serenas en que la carne no cuenta y desde las que hemos de contemplar nuestros instintos materiales, perversidades y torceduras innatas y sin alivio, con el mismo compasivo interés con que sor Noeline contemplaba en la habitación medio iluminada, aquel montón informe de sus hábitos miserables, que

yacían sobre la alfombra, trágicamente!...

No se bajó á ellos, tampoco se felicitó de no portarlos más; con infantil simplicidad por lo sincera, é imponente por lo inevitable, siempre mirándolos separóse de ellos, fatalmente, sin titubear, muy poco á poco. Comenzaba una prodigiosa y naturalísima metamorfosis, sin humano poder que la atajara; la inmóvil crisálida tornábase en alada mariposa que volaría hasta quemarse, pero que mientras se quemaba y sabiendo que se encaminaba al fuego, volaba gozosa junto á él y volando se abrasaría en las llamas, víctima de la ley superior que la impulsaba y á la que no se substraía ni era posible que se substrajera. Seguramente que si su elección hubiese podido prevalecer, se habría quedado en el claustro, de monja crisálida sin riesgos ni peligros, pero como una potencia despótica trocábala de súbito en mujer mariposa y le daba alas, aunque deleznales suficientes para cernerse en el ideal y suponer que la flama asesina era la dicha que deslumbra y desvanece, á ella se iba, sin saber que el polvo finísimo de sus

alas ó ilusiones de doncella, Rafael,—únicamente por ser hombre,—lo estrujaría entre los dedos y más tarde lo dispersaría con el helado soplo del olvido ó del hastío. Nada de eso sabía,—qué mariposa sabe que perecerá en la flama que la atrae?—y no sabiéndolo, á Rafael se encaminaba revoloteando primero á su redor, suponiéndose eternamente joven, eternamente bella y eternamente triunfadora, y atribuyendo á esa gloriosa trinidad de eternidades, las ansias de Rafael por alcanzarla, por aprisionarla entre sus dedos trémulos y destructores de amante, llamados á desnuzar sus alas ténues de mujer de antemano vencida, que por instinto y conveniencia finge escapar é improvisa resistencias imaginarias, estando aprisionada ya y agradecida de su prisión.

Por lo pronto, sor Noeline, vestida con la bata de Adela y en cordial duelo por los hábitos amontonados en la alcoba, inservibles para su nueva existencia de mujer como todas, sor Noeline, se marchó al comedor, á la cocina y al patiecito.

¡Ah! la emoción ternísima que tales lugares le provocaron. En el comedor particularmente, por humilde y limpio, diríase que resucitaba con pequeñas variantes *su comedor suyo*, el de la casa de sus padres, el comedor de Burdeos donde empezó su idilio, en el que lloró la desgracia que de improviso destruyó sus sueños juveniles y le arrebató la ventura á que tenía derecho por ser muchacha y muchacha honesta. En un segundo reconstruyó la última cena del comedor aquél,— ¡ella también, á la manera de los que sufren y en imitación á Él que por nosotros vino á sufrir y morir, había tenido su última cena!— y vaya si la recordó, aún en sus más nimios pormenores. Su pobre padre, mirándolas, atónito desde el fondo imbecil de sus pupilas de incurable, arrellanado en un sillón rodante, á un lado de la mesa; su madre, la anciana ejemplar, hablándole de los conventos cual de viejos amigos, abultándoles cualidades y apartándoles defectos, empleando un ritornelo á cada fin de frase:

—“Ya verás, ya verás cuánto te agrada y cómo no has de querer salir de él, ya verás...”

Y en efecto, sor Noeline había visto el convento, y ya ahora,— el Cielo se lo tuviese en cuenta!— casi ni lamentaba que la hubiesen sacado de él. Recordaba, igualmente, que su madre en un raptó de dolor, la abrazó con melancólica efusión y le susurró al oído muchas recomendaciones buenas; recordaba que hubo un momento en que su madre y ella lloraban tanto y tan próxima la una á la otra, que nadie habría distinguido cuáles lágrimas eran de la madre y cuáles de la hija; recordaba que la desconsolada señora le había pedido perdón ó cosa semejante, algo muy solemne:

—“No ha de irte mal jamás.... la dote que te llevas la forman mis bendiciones...!”

Eso le garantizó, sí, sor Noeline estaba segura de elle, aunque no de que las palabras fuesen iguales....

Y recordó asimismo que á su padre, el anciano valetudinario, se le humedecieron los ojos á un grado, que la esposa se los enjugó,

como de cuando en cuando se los enjugaba desde que él no se valía á sí propio, pero que entonces el inválido intentó pararse realizando un esfuerzo de titán, quién sabe si por su imbecilidad que en ocasiones lo exasperaba ó por escapar á la desgarradora escena muda, que no podía remediar....

Por suerte, junto con estos tetricos recuerdos, vinieron á sor Noeline los risueños y alegres: las fiestas de familia, los días memorables de su infancia, sus juegos con Honorato, los ramos de flores de su primera comunión, los santos de sus padres, los precoces y disimulados escauceos amorios con su primo.... un tesoro de pequeneces encantadoras que resucitaban en el comedor de la hija de Chinto.

En la cocina estuvo unos minutos, porque le cogió el corazón verla sin fuego, sucio el brasero, con pucheros y trastos en desorden, con los hornillos llenos de ceniza. Sus calidades femeninas protestaban por dentro, de aquel desbarajuste; aunque poco entendía de dirigir una casa, sentíase compelida á hacerlo por razón de sexo y de

inclinaciones; sentíase capaz, llamada á esas faenas como á las adecuadas á su condición de mujer. Cercioróse de que no la veían y tímidamente, por vía de ensayo, procedió á arreglar la cocina; lióse con cacharros y con el agua fría; remangóse los brazos, que pusieron al descubierto su blancura, y armada de un lienzo, de jabón y de estropajo, principió su obra. Conforme en ella adelantaba, alegrábasele el humor y redoblaba bríos, recreándose en el relucir que adquirían las ollas y cazuelas, según las bañaba el agua y las cubría el jabón de una espuma de color dudoso.

En las otras viviendas,—la frontera y las superiores,—escuchábanse ruidos análogos de hogares que inauguran su complicado trabajo diario; escuchábanse también carreras y gritos de niños reclamando el desayuno; diálogos á voces entre amas y sirvientas; batir de chocolates; caer de agua en los vertederos, y luego, la fuga de ésta gruñente y apresurada por desagües y cañerías; el estruendo de alguna palangana de metal y el que metía un chico aullando

al emberrincharse; percibíanse evaporados aromas de café y almuerzos, y dominándolo todo, uno como coro de escobas que barrían pisos invisibles, en distintos tonos.

Concluyó sor Noeline su tarea, y muy satisfecha, con mayor libertad de la que era presumible, volvió á penetrar en la alcoba en que había dormido; llegóse á la puerta de comunicación y pegando á ella el oído, se convenció de que Rafael dormía aún. Se instaló en el comedor, mirando distraídamente al patio y al zaguán. En estas, aparecieron las dos criadas solicitadas por Rafael en la Agencia. En el cuarto del portero, informáronse de si ahí vivía la persona que necesitaba nuevo servicio, á lo que el sastre de viejo, contestó de mal talante:

—Vean en la vivienda del frente, en la que no comprendo lo que sucede....

El primer impulso de sor Noeline fué ir á esconderse; se contuvo, sin embargo, y cuando las dos mujeres llamaron en el portón de reja, salió á abrirles y las recibió cual si de veras fuera el ama de la casa.

Las dejó instalarse á sus anchas, escurriéndose ella á la salita, cuyas maderas abrió para admirar la calle. ¡Hacia tanto tiempo, pero tanto, que no veía una calle!.... ¡Qué diversa era de las de su país!.... No la interesaba, y para no aburrirse, dedicóse á sacudir los muebles, que no lo requerían. De buena gana habría abierto el piano y tocado la sola música que en el Convento tocaba, música sagrada que la regocijaba ó entristecía en las laboriosas mañanas del Colegio, según que ella experimentaba alegrías ó murrias. Clavada junto al piano, la sorprendió Rafael desde la puerta entreabierta, arrugando los ojos por el exceso de luz y sonriendo encantado de hallársela sin los hábitos y sin las tocas:

—¡Santísimo Dios! Noeline, ¿es Ud. la misma?....

Y ni él ni ella pusieron reparos á que el tratamiento monástico de "sor" no fuese pronunciado; tal vez estaba allá, con los hábitos arrinconados en el dormitorio. Noeline, hecha una grana, se volvió á

Rafael sin responder y apoyó sus espaldas en el piano. Acercósele Rafael tendiéndole una mano mientras con la otra conservaba recto el cuello de su *jaquette*. Á Noeline no le ofendió aquel traje irregular y confanzudo.

—¡Ay, Noeline! señorita Noeline, pero qué linda se ve Ud. con ese vestido—le espetó Rafael sin contenerse, á tiempo que le tomaba su diestra y que Noeline, todavía más roja, la cabeza gacha, golpeaba con la punta de su pie el extremo de un matutino rayo de sol que hasta las patas del piano se estiraba. Como quien no quiere la cosa, retozándole el contento en la fisonomía, Rafael no soltó la mano de la religiosa ni ésta atinaba á desprenderla, atrojada de que tan pronto la hubiesen visto así. Al cabo de un instante, sólo acertó á murmurar:

—Ahí están ya las criadas, esperándolo á Ud. en la cocina.

Largó Rafael sonora carcajada, de hombre complacido y dueño de una situación aparentemente difícil:

—¡Que me esperan á mí en la cocina, Noeline! ¿qué tengo yo que hacer en esos sitios?.... La esperarán á Ud., que aquí y en cualquiera parte nos manda á todos... ¿no calcula Ud. que si yo me entendiera con ellas, echaríamos á perder nuestro asunto y nuestro escondite?... Vaya Ud. y Ud. disponga, Ud. ordéneles lo que han de hacer y cómo han de atendernos....

Reflexionó que la monja no tendría dinero; corrió á su cuarto, sacó un billete de su cartera que en persona fué á entregarlo á las maritornes, encargándoles, por lo pronto, dos desayunos del café más cercano, y regresó á la sala:

—Ya puede Ud. mandarlas, señorita Noeline (*lo que es sin el hábito no volvía á llamarla "sor"*), en cuanto lleguen del primer mandado que ejecutan por nuestra cuenta.

Extraordinario hacíasele á Rafael el desparpajo con que había despertado; asimismo le asombraba que en unas cuantas horas se desvanecieran los supersticiosos respetos que la monja le inspiró. Parte por

la ausencia de hábito y parte por el solemne compromiso contraído de esperar entrambos juiciosamente á que el término de los votos concluyese, ello fué que lejos de experimentar las zozobras de la víspera, la miraba ahora hasta con cierto descaro masculino y bendecía á la bata que mucho más libertina que el toseco sayal, esbozaba con lascivias delicadísimas, curvas y contornos que prestaban á sor Noeline un aspecto completamente humano y hechicero.

Transcurrió la mañana sin más novedad; y cuando al medio día la camarera les anunció que la comida los esperaba y ellos se lanzaron al comedor, muy juntitos, en actitud de matrimonio en paz y gracia de Dios, es lo cierto que iban un tanto turbados, cual temerosos de que el enredo se descubriese. Por bien parecer, simularon delante de la sirvienta que les servía la mesa, una familiaridad que estaban muy distantes de practicar; no se tutearon, eso nó, pero sí so pretexto de la conveniencia, se miraban á menudo y resistían sus mutuas miradas, riendo y atendiéndose. Á veces,

Rafael sentía vapores que le enturbiaban el cerebro, que lo empujaban sobre Noeline; y había menester de todos sus fanatismos de antaño contraídos, para que pudiera más la voluntad. Después del almuerzo, que á él por lo menos habíale sabido á gloria, encendió su puro, casi descabeza una siesta; pues el hombre andaba en aquella casita y con aquella moradora, como el pez en el agua; contúvose por su fortuna y se salió al corredor diz que á examinar unos geranios.

—¿Por qué no va Ud. al Colegio?— le preguntó sor Noeline sin darle la cara, que tenía muy interesada y fija en unos monogramas ó jeroglíficos que con el tenedor labraba en los manteles,— también los domingos es permitido visitar á las alumnas.

Por mucho que Rafael se hallase al cabo de tal permiso, la verdad es que no se consideraba con la suficiente audacia de ir y encararse con la superiora, ocurriendo lo que ocurría.

—Ud. pretende que nos delatemos; que

yo mismo sea quien con mi turbación ponga á las madres en autos de . . . .

—¿Por qué? . . . . — insistió sor Noeline con un candor en actitud y entonación que Rafael, estupefacto, la contempló de hito en hito, con vaga aprehensión de que se burlara de él.

—Pero, ¿cómo por qué?—le repuso delectando las palabras á fin de que mejor las entendiera—¿cómo por qué, Noeline? . . .

Debido á su mansedumbre natural y á la costumbre adquirida en el Claustro de no contrariar á nadie abierta é insistentemente, sor Noeline rehuyó la respuesta; aunque á la legua veíase que era obra de compasiva urbanidad y no de convencimiento. Tan se veía así, que Rafael se quedó perplejo, reflexionando; como siempre que desconfiamos de haber dicho un disparate. ¿Qué lograba complaciendo á Noeline, y exceptuado por supuesto el gusto que había de causarle visitar á la Nona? ¿qué se lograría? . . . . Humillábalo la idea de no acertar, de que la mujer ante quien ambicionaba aparecer hombre excepcional,

fuese á creerlo un cualquiera en inteligencia, un adocenado cuyo caletre requiere espuela y látigo para penetrarse de una indicación á medias. Durante unos minutos, llegó á suponer que Noeline apelaba á ese recurso indirecto, con objeto de provocar conversación á propósito del monasterio que á lo lejos la influenciaba más que el mismo Rafael de cerca. Desechó el supuesto, por lo que ajaba sus vanidades de masculino habituado á triunfar en amorosas lides. Luego, el comportamiento de Noeline no presagiaba nada malo; uno más avisado que Rafael habría visto que no se rehusaba, que lo único que hacía era defenderse y admitir una espera, al fin de la cual se entregaría . . . . Rafael no aceptaba y por no dar su brazo á torcer, dijo:

—Acláreme Ud. por qué me aconseja que vaya yo al Colegio, y yo le diré luego si había adivinado . . . .

—Pues, por ahuyentar sospechas; se me figura á mí,—repuso Noeline sin disfrazar sus pensamientos ni lo más mínimo,—yendo Ud. de visita y suponiendo que la

madre ó alguien malicie algo, todas las malicias se borrarían.

Y Noeline, después de este proyecto de refinado fingimiento para despistar á los que pudiesen ir tras la verdadera huella de los fugitivos, permaneció inocente y risueña, tranquila de conciencia, mirando plácidamente á su enamorado. Explicado el acertijo, y con esa franqueza y esa claridad y ese aquel, más que suficientes para preguntar si Noeline le tomaba el pelo ó si su inocencia era de tal tamaño que le permitía la mayor enormidad con ese delicioso y casto desenfado, Rafael aprobó el proyecto, y en un segundo admiró las ventajas que consigo traía llevarlo á la práctica. Sin embargo, le repugnaba dejar sola á Noeline y al propio tiempo le escocía manifestárselo á las derechas. Noeline declaró no ser cobarde; podía hasta velar á un muerto, de veras, ¿no la creía?

No es que Rafael no la creyese, era más grave la cosa. Creyéndola, experimentaba extraños miedos de perderla antes de que fuera suya; de que los de la autoridad

entraran á sacarla por la fuerza,—sabedores sin duda de la fuga,—ó los vecinos, que de sólo verla un minuto se hubiesen prendado de ella, ó cualquier otro, amigo ó enemigo, conocido ó desconocido, pariente ó prójimo; temía cualquier cosa, una dolencia instantánea, un accidente que mata, la personalidad nefasta que parece continuamente apostada en los senderos de nuestra existencia, sin más misión que arrebatarnos la dicha, cuando nosotros nos suponemos abrazados á ella, siquiera sea por un momento que nos recompense de lo que ya sufrimos y nos indemnice por lo que aun hemos de sufrir.

Pero frente á la serenidad de Noeline, Rafael se reanimó, prometió estar de vuelta lo antes posible, hizo un millar de recomendaciones y encargos,—el encierro absoluto muy especialmente,— y salió á la calle, que rebosaba de gente por ser domingo, y en consecuencia día de toros y de pelotaris.

Coches, tranvías y grupos de transeuntes, venían de todas las direcciones de la ciudad, y encauzadas á partir de la plazaleta del

“Caballito”, llenaban la amplia calzada de Bucareli, á cuyo extremo y pared de por medio, se hallan la Plaza de Toros y el frontón “Jai Alai”; dos diversiones á cual más favorecida de propios y extraños. ¡Qué río pintoresco y exuberante el que formaba la inmensa cantidad de vehículos y de paseantes! En la limpida atmósfera de aquel medio día de invierno, el primero en reír era el sol, y luego las personas y luego las cosas. Por dondequiera escuchábanse careajadas y conversaciones á voces, saludos á gritos, silbidos y fustazos de cocheros, cascabeleos de tranvías, llorar de chiquillos y relinchar de bestias. En dondequiera se descubrían caras semi congestionadas por la especial comida del domingo, que, en la casa al par que en la fonda, todo el mundo aumenta con comestibles y bebidas y todo el mundo le encuentra gusto mejor; se descubrían caras risueñas y complacientes; descubríanse en los hombres miradas sin recato que brutalmente posaban por igual en las señoras y en las mujeres, traicionando con ello los carnales apetitos

que en el macho despierta la hembra; éstas, en tanto, excitadas por ese culto, por los mal comprimidos deseos que cual desesperado enjambre de moscas voraces las asediaban, pavoneábanse involuntariamente, lucían sus talles, recogíanse la falda para mostrar algo más que el pie, y para que el vestido, pegándose al cuerpo, delineara curvas y secretos; maniobra lo mismo ejecutada por las honestas que por las que no lo eran, lo mismo por las casadas que por las solteras; unas, por saber ya lo que el hombre pide cuando así las mira; las otras, porque vagamente se lo imaginan, y todas por hábito de sexo, por fisiológica exigencia de provocar ese incendio, de azotar esa rabia, de sentirse en su papel de eternas triunfadoras.

Y el polvo que se entraba en la garganta; los acres olores de fritos y platos nacionales, que al aire libre preparaban soeces matronas, en anchas sartenes y bandejas negras en cuyo fondo chillaba la manteca y la cebolla se torcía; los olores persistentes de las naranjas, que en altas pirámides á punto

de derrumbarse simulaban de lejos una fortuna de lingotes de oro; el olor penetrante de los barriles del pulque con que se obsequiaban los obreros y sus familias, y que en hilos de lento caer le resbalaba al vendedor de los dedos, al alargar los vasos colmados, y les resbalaba después á los compradores de la boca húmeda y mal cerrada, que se enjugaban con el reverso de sus manos trigueñas y encallecidas; el conjunto íntegro, mareaba, predisponía al placer, al olvido de las amarguras de la semana muerta y al de las incertidumbres de la semana que recién nacía.

En aquella borrachera de colores y sonidos, en aquellos encrepamientos de humanidad libre, parecía que las penas desaparecían en los bajofondos de la tierra pisoteada y removida cien veces; parecía que nadie sufriera, que la vida fuese un festín, la naturaleza su aliada y las gentes todas los absolutos dueños de entrambas.

Rafael, pegado al muro para resistir el oleaje, seguía con la vista el desenvolvi-

miento del cuadro magnífico; bullían dentro de él sus adormecidas costumbres de rico vicioso. Él también habría apetecido lanzarse á la fiesta, nunca dejar de ser un invitado y un invitado de preferencia, que llega en carruaje y con los bolsillos bien repletos. De considerar que Noeline formaba parte de la fiesta; que era uno de los manjares más exquisitos y no al alcance del primer advenedizo, lamentó no poder dominar sus escrúpulos de católico y no caer sobre ella á saciar el contrariado deseo que la monja le inspiraba. ¡Cómo envidió á la masa de felices que lo magullaba al pasar! ¡Cuánto habría dado por hacer él otro tanto con Noeline; sacarla del brazo á que el sol la acariciara, después de haber disfrutado en la alcoba misteriosa y apartada, de lo que probablemente habían disfrutado esos semejantes suyos que lo codeaban sin verlo, acompañados y absortos en la compañía misma de la mujer amada! Y él no se resolvía á intentar con Noeline el asalto final, el que arroja en nuestros brazos trémulos á la virgen herida que con